« tendian aquellas ceremonias con que, al parecer, reconocian otra « deidad superior : porque los aparatos eran de sacrificio, y no « hallaban en él la víctima, ó la ofrenda con que se aplacaban los « dioses; ni sabian que pudiese haber sacrificio, sin que muriese « alguno por la salud de los demas. »

Satisface á ellas Cortés.

Con esta ocasion tomó la mano Cortés, y satisfaciendo á sus preguntas, confesó con ingenuidad : « Que su naturaleza y la de todos sus soldados era « mortal; » porque no se atrevió á contemporizar con el engaño de aquella gente, cuando trataba de volver por la verdad infalible de su religion; pero añadió : « Que « como hijos de mejor clima tenian mas espíritu y mayores fuerzas « que los otros hombres : » y sin admitir el atributo de inmortal, se quedó con la reputacion de invencible. Díjoles tambien : « Que « no solo reconocian superior en el cielo, donde adoraban al único « señor de todo el universo; pero tambien eran súbditos y vasa- « llos del mayor príncipe de la tierra, en cuyo dominio estaban ya « los de Tlascala : pues siendo hermanos de los Españoles, no po- « dian dejar de obedecer á quien ellos obedecian. » Pasó luego á discurrir en lo mas esencial; y aunque oró fervorosamente contra la idolatría, hallando con su buena razon bastantes fundamentos para impugnar y destruir la multiplicidad de los dioses, y el error abominable de sus sacrificios, cuando llegó á tocar en los misterios de la fé, le parecieron dignos de mejor esplicacion, y dió lugar, discreto hasta en callar á tiempo, para que hablase el padre fray Bartolomé de Olmedo. Procuró este religioso introducirlos poco á poco en el conocimiento de la verdad, esplicando como docto y como prudente los puntos principales de la religion cristiana de modo que pudiese abrazarlos la voluntad sin fatiga del entendimiento : porque nunca es bien dar con toda la luz en los ojos á los que habitan en la oscuridad. Pero Magiscatzin y los demas que le asistian dieron por entónces poca esperanza de reducirse. Decian : « Que aquel Dios, á « quien adoraban los Españoles, era muy grande, y seria mayor « que los suyos; pero que cada uno tenia poder en su tierra, y « allí necesitaban de un dios contra los rayos y tempestades : de « otro para las avenidas y las mieses : de otro para la guerra, y « así de las demas necesidades; porque no era posible que uno « solo cuidase de todo. » Mejor admitieron la proposicion del señor temporal : porque se allanaron desde luego á ser sus vasallos, y preguntaban si los defenderia de Motezuma, poniendo en esto la razon de su obediencia; pero al mismo tiempo pedian con humildad y encogimiento : « Que « no saliese de allí la plática de mudar religion, porque « si lo llegaban á entender sus dioses, llamarian á sus

Confiesa la mortalidad de los Españoles.

Discurre sobre la religion.

Introduce en este asunto al P. Fr. Bartolomé.

Dieron poca esperanza de reducirse.

Ajústanse á la obediencia del rey.

Miedo ridículo de sus dioses.

« tempestades y echarian mano de sus avenidas para que los ani- « quilasen. » Así los tenia poseidos el error, y atemorizados el demonio. Lo mas que se pudo conseguir entónces fué que dejasen los sacrificios de sangre humana, porque les hizo fuerza lo que se oponian á la ley natural : y con efecto fueron puestos en libertad los miserables cautivos que habian de morir en sus festividades, y se rompieron diferentes cárceles y jaulas, donde los tenian y preparaban con el buen tratamiento, no tanto porque llegasen decentes al sacrificio, como porque no viniesen deslucidos al plato.

Dejan los sacrificios de sangre humana.

No quedó satisfecho Hernan Cortés con esta demostracion; ántes proponia entre los suyos que se derribasen los ídolos, trayendo en consecuencia la faccion y el suceso de Zempoala; como si fuera lo mismo intentar semejante novedad en lugar de tanto mayor poblacion : engañábale su celo, y no le desengañaba su ánimo. Pero el padre fray Bartolomé de Olmedo le puso en razon, diciéndole con entereza religiosa : « Que no estaba sin escrúpulo de la fuerza « que se hizo á los de Zempoala : porque se compadecian mal la « violencia y el Evangelio; y aquello en la sustancia era derribar « los altares, y dejar los ídolos en el corazon. » A que añadió : « que la empresa de reducir aquellos gentiles pedia mas tiempo y « mas suavidad : porque no era buen camino para darles á conocer « su engaño, malquistar con torcedores la verdad; y ántes de in- « troducir á Dios se debia desterrar al demonio : guerra de otra mi- « licia y de otras armas. » A cuya persuasion y autoridad rindió Hernan Cortés su dictámen, reprimiendo los ímpetus de su piedad; y de allí adelante se trató solamente de ganar y disponer las voluntades de aquellos Indios, haciendo amable con las obras la religion, para que á vista de ellas conociesen la disonancia y abominacion de sus costumbres, y por estas la deformidad y torpeza de sus dioses.

Desea Cortés derribar los ídolos.

Detiénele Fr. Bartolomé.

CAPITULO IV.

Despacha Hernan Cortés los embajadores de Motezuma. Reconoce Diego de Ordaz el volcan de Popocatepec, y se resuelve la jornada por Cholula.

Pasados tres ó cuatro dias que se gastaron en estas primeras funciones de Tlascala, volvió el ánimo Cortés al despacho de los embajadores mejicanos. Detúvolos para que viesen totalmente rendidos á los que tenian por indómitos : y la respuesta que les dió fué breve y artificiosa : « Que dijesen á Mo- « tezuma lo que llevaban entendido, y habia pasado « en su presencia : las instancias y demostraciones

Respuesta de Cortés á los embajadores de Motezuma.

« con que solicitaron y merecieron la paz los de Tlascala : el afecto « y buena correspondencia con que la mantenian : que ya estaban « á su disposicion, y era tan dueño de sus voluntades, que espe- « raba reducirlos á la obediencia de su príncipe, « siendo esta una de las conveniencias que resulta- « rian de su embajada, entre otras de mayor impor- « tancia, que le obligaban á continuar el viaje, y á « solicitar entónces su benignidad, para merecer despues su agrade- « cimiento. » Con cuyo despacho, y la escolta que pareció necesaria, partieron luego los embajadores, mas enterados de la verdad que satisfechos de la respuesta. Y Hernan Cortés se halló empeñado en detenerse algunos dias en Tlascala, porque iban llegando á dar la obediencia los pueblos principales de la república, y las naciones de su confederacion, cuyo acto se revalidaba con instrumento público, y se autorizaba con el nombre del rey don Cárlos, conocido ya y venerado entre aquellos Indios con un género de verdad en la sujecion, que se dejaba colegir del respeto que tenian á sus vasallos.

Ofrece poner á los Tlascaltecas en su obediencia.

Vuelve á insistir en su jornada.

Llegan nuevos caciques á dar la obediencia.

Sucedió por este tiempo un accidente que hizo novedad á los Españoles, y puso en confusion á los Indios. Descúbrese desde lo alto del sitio, donde estaba entónces la ciudad de Tlascala, el vólcan de Popocatepec en la cumbre de una sierra, que á distancia de ocho leguas se descuella considerablemente sobre los otros montes. Empezó en aquella sazon á turbar el dia con grandes y espantosas avenidas de humo tan rápido y violento, que subia derecho largo espacio del aire, sin ceder á los ímpetus del viento, hasta que perdiendo la fuerza en lo alto, se dejaba esparcir y dilatar á todas partes, y formaba una nube mas ó ménos oscura, segun la porcion de ceniza que llevaba consigo. Salian de cuando en cuando mezcladas con el humo algunas llamaradas ó globos de fuego, que, al parecer, se dividian en centellas; y serian las piedras encendidas que arrojaba el volcan, ó algunos pedazos de materia combustible, que duraban segun su alimento.

Volcan de Popocatepec.

Rompe con grande ímpetu.

No se espantaban los Indios de ver el humo, por ser frecuente y casi ordinario en este volcan; pero el fuego, que se manifestaba pocas veces, los entristecia y atemorizaba como presagio de venideros males: porque tenian aprehendido que las centellas, cuando se derramaban por el aire, y no volvian á caer en el volcan, eran las almas de los tiranos que salian á castigar la tierra : y que sus dioses, cuando estaban indignados, se valian de ellos como instrumentos adecuados á la calamidad de los pueblos.

Espanto de los Indios.

En este delirio de su imaginacion estaban discurriendo con Hernan Cortés Magiscatzin, y algunos de aquellos magnates que ordinariamente le asistian :

Conocian la inmortalidad de las almas.

y él reparando en aquel rudo conocimiento que mostraban de la inmortalidad, premio y castigo de las almas, procuraba darles á entender los errores con que tenian desfigurada esta verdad, cuando entró Diego de Ordaz á pedirle licencia para reconocer desde mas cerca el volcan, ofreciendo subir á lo alto de la sierra, y observar todo el secreto de aquella novedad. Espantáronse los Indios de oir semejante proposicion; y procurando informarle del peligro, y desviarle del intento, decian : « Que « los mas valientes de su tierra solo se atrevian á visitar alguna « vez unas ermitas de sus dioses que estaban á la mitad de la « eminencia; pero que de allí adelante no se hallaria huella de « humano pie, ni eran sufribles los temblores y bramidos con que « se defendia la montaña. » Diego de Ordaz se encendió mas en su deseo con la misma dificultad que le ponderaban : y Hernan Cortés, aunque lo tuvo por temeridad, le dió licencia para intentarlo, porque viesen aquellos Indios que no estaban negados sus imposibles al valor de los Españoles : celoso á todas horas de su reputacion y la de su gente.

Propone Diego de Ordaz reconocer el volcan.

Maravillanse los Indios.

Acompañaron á Diego de Ordaz en esta faccion dos soldados de su compañía y algunos Indios principales, que ofrecieron llegar con él hasta las ermitas, lastimándose mucho de que iban á ser testigos de su muerte. Es el monte muy delicioso en su principio : hermoséanle por todas partes frondosas arboledas, que subiendo largo trecho con la cuesta, suavizan el camino con su amenidad, y al parecer, con engañoso divertimiento llevan al peligro por el deleite. Vase despues esterilizando la tierra, parte con la nieve que dura todo el año en los parages que desampara el sol ó perdona el fuego, y parte con la ceniza que blanquea tambien desde léjos con la oposicion del humo. Quedáronse los Indios en la estancia de las ermitas, y partió Diego de Ordaz con sus dos soldados, trepando animosamente por los riscos, y poniendo muchas veces los pies donde estuvieron las manos : pero cuando llegaron á poca distancia de la cumbre, sintieron que se movia la tierra con violentos y repetidos vaivenes, y percibieron los bramidos horribles del volcan, que á breve rato disparó con mayor estruendo gran cantidad de fuego envuelto en humo y ceniza : y aunque subió derecho sin calentar lo trasversal del aire, se dilató despues en lo alto, y volvió sobre los tres una lluvia de ceniza tan espesa y tan encendida, que necesitaron de buscar su defensa en el cóncavo de una peña, donde faltó el aliento á los Españoles, y quisieron volverse; pero Diego de Ordaz viendo que cesaba el terremoto, que se mitigaba el estruendo, y salia ménos denso el humo, los animó con adelantarse, y llegó intrépidamente á la boca

Va Ordaz con licencia de Cortés.

Descripcion del volcan.

Horrores de la subida.

Peligra su vida.

Reconoce la boca del volcan.

del volcan, en cuyo fondo observó una gran masa de fuego, que, al parecer, hervia como materia líquida y resplandeciente; y reparó en el tamaño de la boca que ocupaba casi toda la cumbre, y tendria como un cuarto de legua su circunferencia. Volvieron con esta noticia, y recibieron enhorabuenas de su hazaña, con grande asombro de los Indios, que redundó en mayor estimacion de los Españoles. Esta bizarría de Diego de Ordaz no pasó entónces de una curiosidad temeraria; pero el tiempo la hizo de consecuencia, y todo servia en esta obra: pues hallándose despues el ejército con falta de pólvora para la segunda entrada que se hizo por fuerza de armas en Méjico, se acordó Cortés de los hervores de fuego líquido que se vieron en este volcan, y halló en él toda la cantidad que hubo menester de finísimo azufre para fabricar esta municion: con que se hizo recomendable y necesario el arrojamiento de Diego de Ordaz, y fué su noticia de tanto provecho en la conquista, que se la premió despues el emperador con algunas mercedes, y ennobleció la misma faccion dándole por armas el volcan.

Asombro de los Tlascaltecas.

Importó despues este descubrimiento para suplir la falta de pólvora.

Premia el emperador á Diego de Ordaz.

Veinte dias se detuvieron los Españoles en Tlascala, parte por las visitas que ocurrieron de las naciones vecinas, y parte por el consuelo de los mismos naturales, tan bien hallados ya con los Españoles, que procuraban dilatar el plazo de su ausencia con varios festejos y regocijos públicos, bailes á su modo, y ejercicios de sus agilidades. Señalado el dia para la jornada, se movió disputa sobre la eleccion del camino: inclinábase Cortés á ir por Cholula, ciudad, como dijimos, de gran poblacion, en cuyo distrito solian alojarse las tropas veteranas de Motezuma.

Trata Cortés de su jornada.

Contradecian esta resolucion los Tlascaltecas, aconsejando que se guiase la marcha por Guajozingo, pais abundante y seguro: porque los de Cholula, sobre ser naturalmente sagaces y traidores, obedecian con miedo servil á Motezuma, siendo los vasallos de su mayor confianza y satisfaccion; á que añadian: « Que aquella ciudad estaba reputada en « todos sus contornos por tierra sagrada y religiosa, por tener « dentro de sus muros mas de cuatrocientos tem- « plos con unos dioses tan mal acondicionados, que « asombraban el mundo con sus prodigios: por cuya « razon no era seguro penetrar sus términos, sin tener primero « algunas señales de su beneplácito. » Los Zempoales, ménos supersticiosos ya con el trato de los Españoles, despreciaban estos prodigios; pero seguian la misma opinion, acordando y repitiendo los motivos que dieron en Zocothlan para desviar el ejército de aquella ciudad.

Varias opiniones sobre la eleccion del camino.

En Cholula cuatrocientos templos.

Pero ántes que se tomase acuerdo en este punto, llegaron nuevos embajadores de Motezuma con otro presente, y noticia de que ya estaba su emperador reducido á dejarse visitar de los Españoles, dignándose de recibir gratamente la embajada que le traian: y entre otras cosas que discurrieron concernientes al viaje, dieron á entender que dejaban prevenido el alojamiento en Cholula; con que se hizo necesario el empeño de ir por aquella ciudad; no porque se fiase mucho de esta inopinada y repentina mudanza de Motezuma, ni dejase de parecer intempestiva y sospechosa tanta facilidad sóbre tanta resistencia; pero Hernan Cortés ponia gran cuidado en que no le viesen aquellos Mejicanos receloso, de cuyo temor se componia su mayor seguridad. Los Tlascaltecas del gobierno, cuando supieron la proposicion de Motezuma, dieron por hecho el trato doble de Cholula, y volvieron á su instancia, temiendo con buena voluntad el peligro de sus amigos: y Magiscatzin, que tenia mayor afecto á los Españoles, y amaba particularmente á Cortés con inclinacion apasionada, le apretó mucho en que no fuese por aquella ciudad; pero él, que deseaba darle satisfaccion de lo que agradecia su cuidado, y estimaba su consejo, convocó luego á sus capitanes, y en su presencia se propuso la duda, y se pesaron las razones que por una y otra parte ocurrian: cuya resolucion fué: « Que ya no era posible dejar de admitir « el alojamiento que proponian los Mejicanos, sin « que pareciese recelo anticipado; ni cuando fuese « cierta la sospecha, convenia pasar á mayor empeño, dejando « la traicion á las espaldas; ántes se debia ir á Cholula para des- « cubrir el ánimo de Motezuma, y dar nueva reputacion al ejér- « cito con el castigo de sus asechanzas. » Redújose Magiscatzin al mismo dictámen, venerando con docilidad el superior juicio de los Españoles. Pero sin apartarse del recelo que le obligó á sentir lo contrario, pidió licencia para juntar las tropas de su república, y asistir á la defensa de sus amigos en un peligro tan evidente: que no era razon, que por ser ellos invencibles, quitasen á los Tlascaltecas la gloria de cumplir con su obligacion. Pero Hernan Cortés, aunque no dejaba de conocer el riesgo, ni le sonó mal este ofrecimiento, se detuvo en admitirle, porque le hacia disonancia el empezar tan presto á desfrutar los socorros de aquella gente recien pacificada: y así le respondió agradeciendo mucho su atencion; y últimamente le dijo: « Que no era necesaria por entónces aquella prevencion; » pero se lo dijo con flojedad, como quien deseaba que se hiciese, y no queria darlo á entender: especie de rehusar que suele ser poco ménos que pedir.

Nuevos embajadores de Motezuma.

Allánase á dejarse visitar.

Proponen el camino de Cholula.

Resisten los Tlascaltecas el paso de Cholula.

Consulta Cortés este punto.

Motivos que obligaron á ir por Cholula.

Ofrece nuevas tropas la república.

CAPITULO V.

Hállanse nuevos indicios del trato doble de Cholula: marcha el ejército la vuelta de aquella ciudad, reforzado con algunas capitanías de Tlascala.

Asechanzas de Motezuma en Cholula.

Era cierto que Motezuma, sin resolverse á tomar las armas contra los Españoles, trataba de acabar con ellos, sirviéndose del ardid primero que de la fuerza. Teníanle de nuevo atemorizado las respuestas de sus oráculos: y el demonio, á quien embarazaba mucho la vecindad de los cristianos, le apretaba con horribles amenazas en que los apartase de sí: unas veces enfurecia los sacerdotes y agoreros para que le irritasen y enfureciesen: otras se le aparecia, tomando la figura de sus ídolos, y le hablaba para introducir desde mas cerca el espíritu de la ira en su corazon; pero siempre le dejaba inclinado á la traicion y al engaño, sin proponerle que usase de su poder y de sus fuerzas. O no tendria permision para mayor violencia, ó como nunca sabe aconsejar lo mejor, le retiraba los medios generosos, para envilecerle con lo mismo que le animaba. Por una parte le faltaba el valor para dejarse ver de aquella gente prodigiosa; y por otra le parecia despreciable y de corto número su ejército para empeñar descubiertamente sus armas: y hallando pundonor en los engaños, trataba solo de apartarlos de Tlascala, donde no podia introducir las asechanzas, y llevarlos á Cholula, donde las tenia ya dispuestas y prevenidas.

Lo que le apretaba el demonio inclinándole á los engaños.

Descuido de los Cholutecas.

Reparó Hernan Cortés en que no venian los de aquel gobierno á visitarle, y comunicó su reparo á los embajadores mejicanos, estrañando mucho la desatencion de los caciques, á cuyo cargo estaba su alojamiento: pues no podian ignorar que le habian visitado con ménos obligacion todas las poblaciones del contorno. Procuraron ellos disculpar á los de Cholula, sin dejar de confesar su inadvertencia: y al parecer, solicitaron la emienda con algun aviso en diligencia; porque tardaron poco en venir de parte de la ciudad cuatro Indios mal ataviados, gente de poca suposicion para embajadores, segun el uso de aquellas naciones: desacato que acriminaron los de Tlascala como nuevo indicio de su mala intencion: y Hernan Cortés no los quiso admitir; ántes mandó que se volviesen luego, diciendo en presencia de los Mejicanos: « Que « sabian poco de urbanidad los caciques de Cholula, pues querian « emendar un descuido con una descortesía. »

Tienen aviso de los Mejicanos.

Envian á Cortés cuatro Indios de poco porte.

No los admite.

Llegó el dia de la marcha; y por mas que los Españoles tomaron la mañana para formar su escuadron y el de los Zempoales, hallaron ya en el campo un ejército de Tlascaltecas prevenido por el senado á instancia de Magiscatzin, cuyos cabos dijeron á Cortés: « Que te- « nian órden de la república para servir debajo de su mano, y se- « guir sus banderas en aquella jornada, no solo hasta Cholula, « sino hasta Méjico, donde consideraban el mayor peligro de su « empresa. » Estaba la gente puesta en órden; y aunque unida y apretada, segun el estilo de su milicia, ocupaba largo espacio de tierra; porque habian convocado todas las naciones de su confederacion, y hecho un esfuerzo estraordinario para la defensa de sus amigos, suponiendo que llegaria el caso de afrontarse con las huestes de Motezuma. Distinguíanse las capitanías por el color de los penachos, y por la diferencia de las insignias, águilas, leones y otros animales feroces levantados en alto, que no sin presuncion de geroglíficos ó empresas contenian significacion, y acordaban á los soldados la gloria militar de su nacion. Algunos de nuestros escritores se alargan á decir que constaba todo el grueso de cien mil hombres armados: otros andan mas detenidos en lo verisímil; pero con el número menor queda grande la accion de los Tlascaltecas, digna verdaderamente de ponderacion por la sustancia y por el modo. Agradeció Cortés con palabras de todo encarecimiento esta demostracion: y necesitó de alguna porfía para reducirlos á que no convenia que le siguiese tanta gente cuando iba de paz; pero lo consiguió finalmente, dejándolos satisfechos con permitir que le siguiesen algunas capitanías con sus cabos, y quedase reservado el grueso para marchar en su socorro, si lo pidiese la necesidad. Nuestro Bernal Diaz escribe que llevó consigo dos mil Tlascaltecas. Antonio de Herrera dice tres mil; pero el mismo Hernan Cortés confiesa en sus relaciones que llevó seis mil; y no cuidaba tan poco de su gloria, que supondria mayor número de gente, para dejar ménos admirable su resolucion.

Tropas ausiliares de Tlascala numerosas y bien adornadas.

Sus insignias.

Agradecimiento de Cortés.

Lleva consigo seis mil Tlascaltecas.

Puesta en órden la marcha... Pero no pasemos en silencio una novedad que merece reflexion, y pertenece á este lugar. Quedó en Tlascala, cuando salieron los Españoles de aquella ciudad, una cruz de madera, fija en un lugar eminente y descubierto, que se colocó de comun consentimiento el dia de la entrada: y Hernan Cortés no quiso que se deshiciese, por mas que se tratasen como culpas los escesos de su piedad, ántes encargó á los caciques su veneracion; pero debia de ser necesaria mayor recomendacion para que durase con seguridad entre aquellos infieles: porque apénas se apartaron de la ciudad los cristianos, cuando á vista de

Quedó en Tlascala una cruz de madera.

Encarga Cortés su veneracion.

Nube que bajó sobre la cruz.

los Indios bajó del cielo una prodigiosa nube á cuidar de su defensa. Era de agradable y esquisita blancura, y fué descendiendo por la region del aire, hasta que dilatada en forma de coluna se detuvo perpendicularmente sobre la misma cruz, donde perseveró mas ó ménos distinta (maravillosa providencia) tres ó cuatro años que se dilató por varios accidentes la conversion de aquella provincia. Salia de la nube un género de resplandor mitigado, que infundia veneracion, y no se dejaba mezclar entre las tinieblas de la noche. Los Indios se atemorizaban al principio, conociendo el prodigio, sin discurrir en el misterio; pero despues consideraron mejor aquella novedad, y perdieron el miedo sin menoscabo de la admiracion. Decian públicamente que aquella santa señal encerraba dentro de sí alguna deidad, y que no en vano la veneraban tanto sus amigos los Españoles: procuraban imitarlos, doblando la rodilla en su presencia, y acudian á ella con sus necesidades, sin acordarse de los ídolos, ó frecuentando ménos sus adoratorios: cuya devocion (si así se puede llamar aquel género de afecto que sentian como influencia de causa no conocida) fué creciendo con tanto fervor de nobles y plebeyos, que los sacerdotes y agoreros entraron en zelos de su religion, y procuraron diversas veces arrancar y hacer pedazos la cruz; pero siempre volvian escarmentados, sin atreverse á decir lo que les sucedia, por no desautorizarse con el pueblo. Así lo refieren autores fidedignos, y así cuidaba el cielo de ir disponiendo aquellos ánimos para que recibiesen despues con ménos resistencia el Evangelio: como el labrador, que ántes de repartir la semilla, facilita su produccion con el primer beneficio de la tierra.

Veneracion de los Indios.

Los sacerdotes procuran estorbarla, y quedan castigados.

Marcha el ejército á Cholula.

No se ofreció novedad en la primera marcha; porque ya no lo era el concurso innumerable de los Indios que salian á los caminos, ni aquellos alaridos que pasaban por aclamaciones. Caminaronse cuatro leguas de las cinco que distaba entónces Cholula de la antigua Tlascala: y pareció hacer alto cerca de un rio de apacible ribera, por no entrar con la noche á los ojos en lugar de tanta poblacion. Poco despues que se asentó el cuartel y distribuyeron las órdenes convenientes á su defensa y seguridad, llegaron segundos embajadores de aquella ciudad, gente de mas porte y mejor adornada. Traian un regalo de vituallas diferentes, y dieron su embajada con grande aparato de reverencias, que se redujo á disculpar la tardanza de sus caciques, con pretesto de que no podian entrar en Tlascala, siendo sus enemigos los de aquella nacion; ofrecer el alojamiento que tenia prevenido su ciudad; y ponderar el regocijo con que celebraban sus ciudadanos la dicha de merecer unos huéspedes tan aplaudidos por sus hazañas, y tan amables por su benignidad: dicho uno y otro con palabras, al parecer, sencillas, ó que traian bien desfigurado el artificio. Hernan Cortés admitió gratamente la disculpa y el regalo, cuidando tambien de que no se conociese afectacion en su seguridad; y el dia siguiente, poco despues de amanecer, se continuó la marcha con la misma órden, y no sin algun cuidado, que obligó á mayor vigilancia: porque tardaba el recibimiento de la ciudad, y no dejaba de hacer ruido este reparo entre los demas indicios. Pero al llegar el ejército cerca de la poblacion, prevenidas ya las armas para el combate, se dejaron ver los caciques y sacerdotes con numeroso acompañamiento de gente desarmada. Mandó Cortés que se hiciese alto para recibirlos; y ellos cumplieron con su funcion tan reverentes y regocijados, que no dejaron que recelar por entónces al cuidado con que se observaban sus acciones y movimientos; pero al reconocer el grueso de los Tlascaltecas que venia en la retaguardia, torcieron el semblante, y se levantó entre los mas principales del recibimiento un rumor desagradable, que volvió á despertar el recelo en los Españoles. Dióse órden á doña Marina para que averiguase la causa de aquella novedad; y por su medio respondieron: « Que los de « Tlascala no podian entrar con armas en su ciudad, « siendo enemigos de su nacion, y rebeldes á su « rey. » Instaban en que se detuviesen, y retirasen luego á su tierra como estorbos de la paz que se venia publicando, y representaban sus inconvenientes sin alterarse ni descomponerse, firmes en que no era posible; pero contenida la determinacion en los límites del ruego.

Ofrecen el alojamiento.

Recibimiento de la ciudad.

Estrañan el número de los Tlascaltecas.

Instan en que no han de entrar en Cholula.

Hallóse Cortés algo embarazado con esta demanda, que parecia justificada, y podia ser poco segura: procuró sosegarlos con esperanzas de algun temperamento, que mediase aquella diferencia; y comunicando brevemente la materia con sus capitanes, pareció que seria bien proponer á los Tlascaltecas que se alojasen fuera de la ciudad, hasta que se penetrase la intencion de aquellos caciques, ó se volviese á la marcha. Fueron con esta proposicion, que, al parecer, tenia su dureza, los capitanes Pedro de Alvarado y Cristoval de Olid, y la hicieron, valiéndose igualmente de la persuasion y de la autoridad, como quien llevaba la órden, y obligaba con dar la razon. Pero ellos anduvieron tan atentos, que atajaron la instancia, diciendo: « Que « no venian á disputar, sino á obedecer, y que tratarian luego de « abarracarse fuera de la poblacion en parage donde pudiesen « acudir prontamente á la defensa de sus amigos, ya que se querian « aventurar contra toda razon, fiándose de aquellos traidores. » Comunicóse luego este partido con los de Cholula, y le abrazaron tambien con facilidad, quedando ambas naciones no solo satisfechas, sino con algun género de vanidad, hecha de su misma oposicion: los unos, porque se persuadieron á

Alójanse fuera de la ciudad.

Ajústanse los de Cholula.

que vencian, dejando poco airosos y desacomodados á sus enemigos; y los otros, porque se dieron á entender que el no admitirlos en su ciudad era lo mismo que temerlos. Así equivoca la imaginacion de los hombres la esencia y el color de las cosas, que ordinariamente se estiman como se aprenden, y se aprenden como se desean.

CAPITULO VI.

Entran los Españoles en Cholula, donde procuran engañarlos con hacerles en lo esterior buena acogida: descúbrese la traicion que tenian prevenida, y se dispone su castigo.

Entran en Cholula los Españoles.

La entrada que los Españoles hicieron en Cholula fué semejante á la de Tlascala: innumerable concurso de gente, que se dejaba romper con dificultad: aclamaciones de bullicio: mugeres que arrojaban y repartian ramilletes de flores: caciques y sacerdotes que frecuentaban reverencias y perfumes: variedad de instrumentos, que hacian mas estruendo que música, repartidos por las calles: y tan bien imitado en todos el regocijo, que llegaron á tenerle por verdadero los mismos que venian recelosos. Era la ciudad de tan hermosa vista, que la comparaban á nuestra Valladolid, situada en un llano desahogado por todas partes del horizonte, y de grande amenidad: dicen que tendria veinte mil vecinos dentro de sus muros, y que pasaria de este número la poblacion de sus arrabales. Frecuentábanla ordinariamente muchos forasteros, parte como santuario de sus dioses, y parte como emporio de su mercancía. Las calles eran anchas y bien distribuidas: los edificios mayores y de mejor arquitectura que los de Tlascala, cuya opulencia se hacia mas suntuosa con las torres, que daban á conocer la multitud de sus templos. La gente ménos belicosa que sagaz: hombres de trato, y oficiales: poca distincion, y mucho pueblo.

Descripcion de la ciudad de Cholula.

Alojamiento de los Españoles.

El alojamiento que tenian prevenido se componia de dos ó tres casas grandes y contiguas, donde cupieron Españoles y Zempoales, y pudieron fortificarse unos y otros, como lo aconsejaba la ocasion, y no lo estrañaba la costumbre. Los Tlascaltecas eligieron sitio para su cuartel poco distante de la poblacion; y cerrándole con algunos reparos, hacian sus guardias y ponian sus centinelas, mejorada ya su milicia con la imitacion de sus amigos. Los primeros tres ó cuatro dias fué todo quietud y buen pasage.

Cuartel de los Tlascaltecas.

Puntualidad de los caciques.

Los caciques acudian con puntualidad al obsequio de Cortés, y procuraban familiarizarse con sus capitanes. La provision de las vituallas corria con abundancia y libera-

lidad, y todas las demostraciones eran favorables, y convidaban á la seguridad; tanto, que se llegaron á tener por falsos y ligeramente creidos los rumores antecedentes: fácil á todas horas en fabricar ó fingir sus alivios el cuidado. Pero no tardó mucho en manifestarse la verdad; ni aquella gente acertó á durar en su artificio hasta lograr sus intentos: astuta por naturaleza y profesion; pero no tan despierta y avisada, que se supiesen entender su habilidad y su malicia.

Primeros recelos de Cortés.

Fueron poco á poco retirando los víveres: cesó de una vez el agasajo y asistencia de los caciques: los embajadores de Motezuma tenian sus conferencias recatadas con los sacerdotes: conocíase algun género de irrision y falsedad en los semblantes; y todas las señales inducian novedad, y despertaban el recelo mal adormecido. Trató Cortés de aplicar algunos medios para inquirir y averiguar el ánimo de aquella gente; y al mismo tiempo se descubrió de sí misma la verdad, adelantándose á las diligencias humanas la providencia del cielo tantas veces esperimentada en esta conquista.

Cesa el agasajo y las asistencias.

Descúbrese el trato doble.

Estrechó amistad con doña Marina una India anciana, muger principal, y emparentada en Cholula. Visitábala muchas veces con familiaridad, y ella no se lo desmerecia con el atractivo natural de su agrado y discrecion. Vino aquel dia mas temprano, y al parecer, asustada ó cuidadosa: retiróla misteriosamente de los Españoles, y encargando el secreto con lo mismo que recataba la voz, empezó á condolerse de su esclavitud, y á persuadirla: « Que se apartase de aquellos estrangeros aborrecibles, y se fuese « á su casa, cuyo albergue la ofrecia como refugio de su libertad. » Doña Marina, que tenia bastante sagacidad, confirió esta prevencion con los demas indicios: y fingiendo que venia oprimida y contra su voluntad entre aquella gente, facilitó la fuga, y aceptó el hospedage con tantas ponderaciones de su agradecimiento, que la India se dió por segura, y descubrió todo el corazon. Díjola: « Que convenia en todo caso « que se fuese luego, porque se acercaba el plazo « señalado entre los suyos para destruir á los Espa- « ñoles; y no era razon que una muger de sus pren- « das pereciese con ellos: que Motezuma tenia pre- « venidos á poca distancia veinte mil hombres de guerra para dar « calor á la faccion: que de este grueso habian entrado ya en la ciu- « dad á la deshilada seis mil soldados escogidos: que se « habia repartido cantidad de armas entre los paisa- « nos: que tenian de repuesto muchas piedras sobre « los terrados, y abiertas en las calles profundas zan- « jas, en cuyo fondo habian fijado estacas puntiagudas, « fingiendo el plano con una cubierta de la misma

India principal que se hace amiga de doña Marina.

Condulese de su esclavitud.

Fingimiento de doña Marina.

Refiere la India lo que tenian dispuesto los Cholutecas con asistencias de Motezuma.

Armas repartidas entre los paisanos.

Zanjas encubiertas contra los caballos.